

# Cómo hemos cambiado

La transformación de España a través  
de la cultura pop

Juan Sanguino

# ÍNDICE

Prólogo: El síndrome Lara Dibildos	11
I. MUJERES Y HOMBRES Y VICEVERSA	
David Beckham, la metrosexualidad y el renacimiento del hombre como nuevo objeto sexual	17
Las Spice Girls y la insurrección del feminismo pop	32
<i>Magnolia</i> , <i>Cómo conocí a vuestra madre</i> y <i>El método</i> : la misoginia simpática	44
Anorexia, bulimia y Ally McBeal. El feminismo entró en coma y se puso minifalda	52
La teta de Sabrina: el escándalo, el calentón y la pérdida de la virginidad de la sociedad española	65
La integración de los gays en la sociedad: del caso Arny al World Pride	73
¿Qué significa realmente el tinte rubio de Shakira? Una investigación	85
Ups... lo hemos vuelto a hacer. El abuso sexual colectivo que el público perpetró sobre Britney Spears	94

2. LOS LÍMITES DEL MORBO: LA GESTIÓN MEDIÁTICA DE LA TRAGEDIA	107
El crimen de Alcàsser: el invierno en el que la muerte se volvió entretenimiento	107
Lorena Bobbitt: las risas a costa de la castración del patriarcado	113
«¡Más alto, que nos oiga Miguel Ángel!»: La noche que España se levantó (a bailar) contra el terrorismo	120
3. LA DEMOCRATIZACIÓN DE INTERNET: EL FUTURO ENTRÓ EN NUESTRAS CASAS	135
El Messenger y la fragmentación de la identidad virtual: la primera vez que internet te permitió inventarte una nueva personalidad	135
MySpace, Facebook e Instagram: la búsqueda de la identidad virtual	142
Tom Cruise y el sofá de Oprah, el primer vídeo viral de YouTube	154
Kim Kardashian y la cultura de la celebridad: cómo la fama ha pasado de ser una consecuencia del arte a un valor artístico en sí mismo	163
4. CÓMO LA CULTURA FRIKI HA PASADO DE SER UNA OBSESIÓN MARGINAL A LA CULTURA DOMINANTE	177
Cuando los genios informáticos pasaron de programar a oscuras en su habitación a diseñar el mundo tal y como lo conocemos	177
<i>El señor de los anillos</i> , <i>Harry Potter</i> y la integración de los frikis en la sociedad	183
La «disneyficación» de la cultura	188

5. LA ANEXIÓN DE ESPAÑA AL PRIMER MUNDO	197
Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92: el verano que toda España remó en la misma dirección	197
«Madonna, Madoncita, Madonzota.»	
Cuando Millán Salcedo conoció a Madonna	208
La <i>Macarena</i> y la exportación mundial de la marca España campechana	215
6. EL ASALTO DE LA CLASE MEDIA A LA CULTURA POP	223
<i>Gran Hermano</i> : lo íntimo pasó de ser privado a un producto de entretenimiento para consumo público	223
Ricky Martin, el perro y la mermelada. La última leyenda urbana antes de internet	238
Belén Esteban: cuando el extrarradio empezó a hablar en primera persona	247
Letizia Ortiz, de <i>La alegre divorciada</i> a <i>Princesa     por sorpresa</i>	260
La Oreja de Van Gogh, Álex Ubago y Amaral: cuando las letras del pop se volvieron tan básicas como sus oyentes	262
La reaparición de Loli Álvarez en <i>Crónicas marcianas</i> vendada como una momia: la cara nueva que inauguró un nuevo formato de fama	276
<i>Operación Triunfo 1</i> . La postulación de <i>Mi música es tu voz</i> como verdadero himno de España	280
Epílogo: Los petardos que borran el sonido de ayer	311

## PRÓLOGO

# EL SÍNDROME LARA DIBILDOS

Laura Valenzuela fue la primera presentadora de TVE y, por tanto, la mujer más famosa de España durante dos décadas. Tanto es así que su hija Lara Dibildos (bautizada así en honor al personaje de Julie Christie en *Doctor Zhivago*) estaba un día en el colegio, se giró hacia su compañera de pupitre y le preguntó: «Oye, ¿y tú madre a qué hora sale por televisión?».

Durante nuestros primeros años de vida, damos por hecho de manera inconsciente que nuestra realidad es toda la realidad que hay. Por eso alguien tuvo que explicarle a Lara que no todas las madres salían por televisión. Yo, como todo el mundo, experimenté cientos de descubrimientos de este tipo y seguro que muchos fueron dramáticos pero, como seguro también le ocurre a la mayoría, hoy solo recuerdo los más estúpidos. Como el del Surtido Cuétara.

Mi madre compraba Surtido Cuétara en Navidad y a mí me gustaba tanto que ella me explicó que solo lo vendían en esas fechas para que dejase de pedirle que trajera más. Para cuando me enteré de que no era así (mediante una revelación tan sencilla como toparme con una caja de Surtido Cuétara en un supermercado en pleno agosto), yo ya estaba en la universidad. Evidentemente, la lógica podía haberme llevado a caer en la cuenta antes pero, también evidentemente, no me lo planteé hasta que lo vi

enfrente de mí. Con el paso de los años experimenté un proceso similar con una canción de Presuntos Implicados.

*Cómo hemos cambiado* es una melancólica reflexión sobre las amistades adolescentes perdidas. Aunque la letra está dirigida a una amiga en concreto, da la sensación de que la cantante, Sole Giménez, está más bien pensando en voz alta. «¿Qué nos ha pasado?» suena más a pregunta retórica, cuya única respuesta posible es «la vida». Y ni siquiera parece poner demasiado empeño en remediarlo: al igual que *20 de abril* de Celtas Cortos, *Cómo hemos cambiado* es más un lamento resignado que una propuesta de retomar la amistad. Aquella canción tenía un mensaje universal y cualquier adulto se identificará con ella. Pero yo, en mi ignorancia infantil, solo sentía compasión por la pobre Sole Giménez y por sus amigas. Porque yo estaba convencido de que eso no me pasaría nunca a mí.

Madurar es una experiencia única, personal e intransferible para cada individuo. Para Lara Dibildos fue descubrir que su madre tenía un trabajo que solo tenían cinco personas en todo el país. Para muchas adolescentes de principios de los noventa fue la advertencia de que bajo ningún concepto podían salir solas de fiesta (ni mucho menos hacer autoestop). Para mí fue comprobar que *Cómo hemos cambiado* describía un destino del que nadie puede escapar. Este reseteo de la realidad siempre está asociado a una decepción, al descubrir que el mundo no es como lo habíamos asumido de pequeños. Y a menudo el proceso está remachado por la cultura popular. Pero no siempre ha sido así.

Si le preguntas a tus padres por historias de su pasado, su relato no tendrá una banda sonora tan extensa como el tuyo. Es probable que recuerden personas, objetos, lugares y olores. Sin embargo, si le preguntas por sus recuerdos a cualquiera nacido después de 1960, su descripción estará completamente mediatizada: cada persona importante está vinculada a una canción, cada etapa de su maduración está subrayada por una película,

cada revelación acerca del mundo le asaltó mientras miraba la televisión. Las personas menores de sesenta años han consumido mucha más cultura pop que sus padres (tanto por el aumento en el volumen de producción como por los avances de la tecnología y la situación socioeconómica de la clase media), pero además la han consumido con una actitud más sentimental, hasta el punto de que a veces piensas en tu infancia y parece que lo único que recuerdas de ella son tus referentes de la cultura pop. Mientras que nuestros padres conciben la cultura popular como un entretenimiento (es decir, como un complemento a la vida real), nosotros la consumimos como una experiencia intrínseca a la vida real y la utilizamos para entablar conversación con desconocidos porque sabemos que es lo que nos convierte en una comunidad. Por eso la generación X (1965-1982), los *millennials* (1983-1996) y la generación Z (1997-2010) pueden, a diferencia de sus progenitores, pasarse horas enteras hablando solo sobre cultura popular en vez de sobre temas importantes. Excepto porque la cultura pop es el dialecto que esas tres generaciones usan para hablar sobre temas importantes.

Ahora, globalización mediante, España por fin se toma la cultura pop tan en serio como los anglosajones llevaban décadas haciendo. Tomarse la cultura pop en serio significa analizarla como un tapiz sobre el cual proyectar nuestras ansiedades, nuestro aprendizaje y nuestros triunfos o fracasos como individuos y como sociedad. Y paralelamente utilizarla para explicar nuestra identidad, dar sentido a cosas que no lo tienen y echar raíces como comunidad. Así que es un buen momento para volver la vista atrás y contemplar nuestra cultura pop reciente dándole más importancia de la que quizá se le dio en su día. *Cómo hemos cambiado* (el libro, no la canción) aspira a observar con ojos adultos lo que en su día vivimos con ojos ingenuos.

Se trata de un libro sobre la adolescencia de España. Un periodo que abarcaría, aproximadamente, desde el despertar sexual con

los dos rombos de mediados de los ochenta hasta 2007, cuando llegó la crisis, aparecieron el iPhone y Twitter, y Britney Spears se rapó la cabeza. España era un país adolescente, porque venía de dar sus primeros pasos por su propio pie y porque disfrutaba de una libertad inédita para probar cosas nuevas, pero que aún albergaba cierta ingenuidad infantil. No existe un periodo más dulce que la adolescencia: libertad para experimentar con libertad para equivocarse. Solo en este paisaje podrían ocurrir episodios como la actuación de Azúcar Moreno en Eurovisión: dos gitanas vestidas de Armani que, en contra de la tradición, llevaban la pista musical grabada. Una pista musical que falló al principio, así que ellas optaron por largarse del escenario para evitar hacer el ridículo. Quedaron quintas.

La España adolescente tenía por delante un futuro lleno de posibilidades, lo cual la empujó a venirse arriba con cierta arrogancia. Se trataba de un país que, como cualquier adolescente, intentaba disimular sus innumerables inseguridades porque en realidad solo deseaba que lo tomasen en serio. Un país que, además, estaba salido como el pico de una plancha, tal como demuestra la programación de Telecinco: *¡Ay, qué calor!*, *Tutti Frutti*, *Las noches de tal y tal*. Pero la aceleración de la cultura que supuso internet obligó a España a ir de la ingenuidad al cinismo sin pasar por la casilla de salida y, desde luego, sin comprender las consecuencias ni de su ingenuidad ni de su cinismo.

Hacerse mayor significa aceptar (y dejar de intentar luchar contra) aquel verso de *20 de abril* de Celtas Cortos, «ya no queda casi nadie de los de antes». Significa alcanzar la madurez emocional suficiente para que mirar al pasado te provoque más felicidad por haberlo vivido que tristeza por haberlo perdido. Y una vez alcanzada esa madurez, es probable que se despierte en ti cierta curiosidad por comparar el pasado que creíste vivir (tus padres eran figuras que nunca se equivocaban) con el pasado que realmente estaba ocurriendo (¿se querían?). Recordar la música que